

Jorge Basadre, filósofo de la historia¹



Luis Alberto Arista Montoya

Instituto de Investigaciones de la Escuela de Turismo
de la Universidad de San Martín de Porres

luisalbertoarista@gmail.com

Lima-Perú.

Resumen

Toda la obra historiográfica republicana del intelectual peruano Jorge Basadre Grohmann (1903-1980) se sustenta en una rica filosofía de la historia que parte de su opción por la filosofía clásica griega, así como de la filosofía alemana moderna; sus ensayos socio-históricos son los que mejor interpretan filosóficamente la actualidad peruana, clave para comprender su vigencia y trascendencia intelectual.

De cara a la conmemoración del Bicentenario de la Independencia, con el presente estudio iniciamos la exploración de esa *veta filosófica* que aparece, permanece y fluye en toda su obra.

Palabras clave: Identidad, proyecto, posibilidad, promesa, ser, Nación, Estado, peruanidad.

Abstract

All the republican historiographic research of the Peruvian intellectual Jorge Basadre Grohmann (1903-1980) is supported by a rich philosophy of history that emerges from his choice for classical Greek philosophy, as well as modern German philosophy; and his socio-historical essays remains as the best way to interpret Peru nowadays: is the key to understand its validity and intellectual transcendence.

In the face of the commemoration of the Peruvian Independence Bicentennial, with this study we begin the exploration of that philosophical vein that appears and remains in all his works.

Keywords: Identity, project, possibility, promise, being, Nation, State, Peruvian identity.

Introducción

En la Historia de las Ideas, la idea de identidad ocupa un lugar central en la historia contemporánea. En el Perú, Jorge Basadre es quien más y mejor ha abordado este problema; gran parte de su obra escrita es la fuente documental que nos ayuda a reflexionar sobre ello. Él enfocó este y otros problemas con una óptica de inquisición filosófica, distinta al enfoque tradicional que se caracterizaba con tan solo ser documentario y empírico, tibiamente crítico. En cambio, Basadre aborda el estudio del proceso histórico-social peruano contextualizándolo dentro del panorama mundial, “atento al sentido universal de los hechos, a su significado humano y su virtualidad de progreso”, como bien dijo Augusto Salazar Bondy (1968, p. 36).

El principio rector que estructura toda su reflexión historiográfica es el de “destino y promesa”, aplicado a los pueblos y los estados. En tal sentido, siempre insidió sobre la problemática de la *identidad nacional* como posibilidad y proyecto.

Esta línea de reflexión se encuentra presente en todas sus obras a manera de columna vertebral que engarza y estructura su pensamiento filosófico. Es por eso – sin pretender ser exhaustivo–, y basándome, por el momento, en sus memorias *La vida y la historia* (1975) y bajo la apoyatura de otros autores, es que ahora exploro la dimensión filosófica del tema sobre la *identidad cultural*.

¹ Ensayo escrito en Leicester City, Inglaterra, el 11 de diciembre del 2018 en homenaje al nacimiento de mi nieto Leonardo Ballantine Arista.



De la identidad

El problema de la identidad del ser en general, tema central de la filosofía griega clásica, discutida desde la época de Parménides y Heráclito –pasando por Aristóteles, Locke, Kant, Schelling, Hegel, Marx, Heidegger y Jean Paul Sartre, autores consultados por Basadre–, nos sirve de punto de partida para intentar explicar el tema de la *identidad nacional*.

El concepto de identidad es multívoco: tiene una significación lógica, matemática, gnoseológica, ontológica, ética, psicológica, histórica, antropológica y etnológica. Desde la perspectiva de la filosofía de la historia, aquí nos interesa la dimensión ontológica tanto como la dimensión histórica del concepto de identidad (individual/colectiva/nacionalidad), que implica, al mismo tiempo, el concepto de memoria histórica.

A partir de que un ser inteligente puede repetir las ideas de alguna acción pasada con la misma conciencia que de ella tuvo en un principio y con la misma conciencia que tiene de cualquier acción presente [a través de la memoria = recordar], desde ese momento ese ser es el yo personal [identidad individual, *yoidad*]. Por la conciencia que tiene de sus pensamientos y acciones presentes es por lo que ahora es yo mismo para él mismo, y así será el mismo yo [a través de sucesivas “capas de yoidad”] hasta donde la misma conciencia pueda extenderse respecto de las acciones pasadas y futuras (Locke, 2015, p. 158).

Creo que en el anterior párrafo se sintetizan todas (o casi todas) las dimensiones de significación del concepto identidad. Como buen conocedor de la filosofía empirista inglesa (siglo XVII), Basadre siempre hizo mención a la teoría del “contrato social” de Locke.

Cuando la filosofía se acerca a la historia (o viceversa), entonces empieza a estructurarse –desde el ámbito historiográfico– una filosofía de la identidad, cuyas primeras bases doctrinales aparecen con el filósofo alemán Schelling, fundada en la identidad original de la naturaleza y el espíritu, de lo ideal y lo real. Era la época en que todavía el concepto de *naturaleza* englobaba idealmente al concepto de naturaleza social e histórica sin diferenciarlos, es por eso que el mismo Schelling nombraba a esta filosofía de la naturaleza como ciencia de la *no diferencia* o de la *no identidad* (*el primer proyecto de un sistema de Filosofía de la Naturaleza*, escrito en 1799, es la obra central del filósofo alemán Schelling; traducida al español en 1964 por la Editorial Montaner y Simon S. A., Barcelona).

Pero cuando en la modernidad europea comienza a discutirse el problema de las nacionalidades (nación, patria, nacionalismo), no solo desde el ámbito geopolítico sino también desde el ámbito del derecho internacional (para una paz perpetua universal), fue perentoria la discusión política del problema de las identidades nacionales (más allá de las identidades étnicas), no solo a través de las demarcaciones de fronteras, incluyendo la identidad antropológica y cultural bajo el núcleo del concepto de “cuerpo de nación” (concepto acuñado en los años 90 por el historiador peruano Miguel Maticorena, uno de los discípulos de Basadre).

En tal sentido, la identidad tiene también una significación psicológica y metafísica (ontológica, digamos), en tanto involucra un sentimiento y una voluntad individual y colectiva de un conglomerado humano que siente como suyo un territorio (la geografía como “piso de la historia”, según Hegel) y un compartir una historia(s) común(es). El filósofo Blendel dice:

Desde el punto de vista psicológico y metafísico, no hay seres idénticos unos a otros, sino que un ser continúa siendo idéntico a sí mismo en la medida en que, recogiendo perpetuamente su pasado en su presente y resumiendo sus propios cambios, sigue siendo solidario con su tradición íntegra, y constituye su *feri* (devenir) múltiple y heterogéneo en un *ese: unum et idem esse* (un ser: es uno e idéntico a sí mismo) (en Lalande, 1966, p. 471).

La idea de identidad supone necesariamente las ideas de *unidad* y *personalidad* (carácter) de un pueblo determinado, históricamente hablando. Todo pueblo con tradición y futuro históricos porta un carácter, una unidad que lo diferencia de los otros pueblos en razón de su origen y de su idiosincrasia.

El antiguo Perú vio desmembrado su proyecto de unidad (del Tawantinsuyu) con la invasión, conquista y colonización causadas por el imperio español. El Tawantinsuyu que iba en camino de encontrar una identidad fuerte (involucrando diversidades culturales preincaicas) fue desintegrado hasta tal punto que la historiografía colonial distingue dos repúblicas: la española y la de indios, ignorando (arrinconando) totalmente la presencia de gentes mestizas que aparecen en aquel momento como resultado ambiguo del *encontrón* (mas no del encuentro) de dos culturas totalmente antagónicas. Desde esos momentos traumáticos, el Perú sufre una serie de fracturas históricas y se instala a partir de allí la idea de búsqueda de la propia identidad bajo la “alternativa de búsqueda de una nueva representación de sí mismo” (a propósito,



«Como buen conocedor de la filosofía empirista inglesa (siglo XVII), Basadre siempre hizo mención a la teoría del “contrato social” de Locke.»

véase el ensayo publicado en 1994 “Sobre la identidad de los pueblos”, del filósofo mexicano Luis Villoro, en *La identidad personal y la identidad colectiva*, Actas del Coloquio de Filosofía, setiembre 1991, Editorial de la Universidad Autónoma de México).

A partir de esos “tiempos revueltos” hasta hoy existen (sin coexistir o coexistiendo a medias) en nuestro territorio una diversidad de culturas, un mosaico cultural y social con pocos visos de sintetizarse en un crisol. Entonces, ¿tenemos una identidad peruana?, ¿quiénes somos los peruanos?, ¿qué es el Perú como nación? No existe una identidad nacional fuerte, definida porque, precisamente, no existe integridad e integración entre los pueblos. Incluso en cada región subsisten contradicciones y antagonismos. Para decirlo con terminología filosófica que viene desde Voltaire y Heidegger, carecemos de una *mismidad* colectiva, de un ser sí con un propio auto-reconocimiento. Ante este concepto se sitúa el concepto de *alteridad* que nos permite comprender la pérdida de nuestra identidad o desidentificación nacional. Somos un país bloqueado por una serie de sismos político-sociales que han alterado (y lo sigue padeciendo) nuestro devenir histórico: obstaculizándolo, desviándolo.

Actualmente (enero 2019), el Perú sufre una espantosa crisis a causa de unos audios que muestran la gran corrupción del Poder Judicial, que ha infestado tanto al Poder Ejecutivo como al Poder Legislativo. Nuestra conciencia nacional está enajenada, desgarrada, asqueada por la conducta de unos líderes corruptos, de una clase política con poca clase, de una cierta clase empresarial hipotecada (provocado por los casos *corruptígenos* de Lava Jato y Lava Juez).

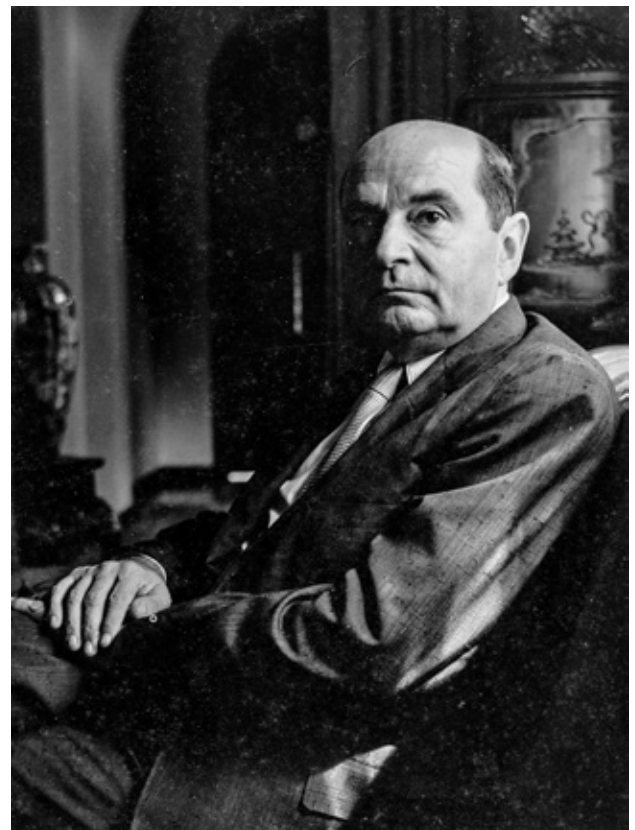
Esferas del ser

Basadre consideraba que dentro de la dialéctica del antagonismo mismidad/alteridad puede germinar una “promesa” para un proyecto de país, un proyecto nacional para buscar y construir un “destino histórico”. Consideraba también que esta fuerza se constituye

en una posibilidad y en un proyecto para ir hacia el encuentro de nuestra propia identidad nacional; por eso insistió incansablemente en su principio de estudiar la Historia del Perú como una “continuidad en el tiempo y en el espacio” porque existen grandes logros y promisorias virtualidades que hacen factible esta esperanza

Antes de proseguir con Basadre, retomo las ideas filosóficas. El filósofo griego Parménides decía que “el ser es y el no ser no es”, afirmando así que el “ser” se identifica a sí mismo, tanto como el “no ser”. El ser en su propia determinación afirmativa, y el “no ser” en su propia negatividad. El ser es plano, estable, con características que lo identifican y diferencian al mismo tiempo de otros seres. En tal sentido – trasladado al ámbito histórico –, también podemos argüir que las colectividades históricas, ubicadas en un determinado escenario geográfico, con un pasado histórico y una esperanza de futuro promisorio que adviene inexorablemente, también “son lo que son” y “no son lo que no son”.

El Perú como país en formación (nunca dejará de serlo, ahí radica su promesa, su posibilidad) sigue siendo una colectividad que está en búsqueda de su propia y auténtica identidad. Está en *camino de búsqueda*, como lo denomino desde hace algún tiempo, pero este



Jorge Basadre Grohmann

proceso tiene que darse hoy desde una perspectiva de *descolonización* y de localización creativa frente a la globalización (para lograr una globalización localizada y una localización globalizada).

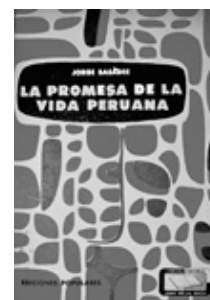
En clara defensa de nuestras tradiciones, creencias, usos y costumbres, Basadre sostenía (prosiguiendo el *modo* tradicionalista de Ricardo Palma) que el afianzamiento de nuestra identidad cultural es de perentoria necesidad como política de Estado para hacer frente a la depredación de nuestro patrimonio cultural, natural e inmaterial, pues nuestro país tiene fundamentos históricos que hacen que “sea lo que es” y “no sea lo que no es” (o lo que quiera no ser). El sentimiento del “querer nacional” es clave en el análisis de Basadre.

Ningún país tiene una identidad única, acabada. Está sujeto siempre a cambios históricos. Aplicando la terminología del existencialismo filosófico de Jean Paul Sartre (1966, pp.123-159) al campo de la historia, podemos decir que las tres esferas del ser: el “ser-en-sí”, el “ser-para-sí” y el “ser-para-otro” nos sirven para abordar el problema de las identidades culturales. El primero es propio de las cosas y del mundo animal: permanece estático e inmutable, pleno y a-histórico; el “ser-para-otro” es propio del mundo humano porque significa presencia de una libertad y de una intencionalidad de una conciencia que hace que el propio hombre establezca su propia afirmación y negatividad de su ser histórico; en cambio, en el “ser-para-sí” no vale el principio de identidad porque como ser histórico el hombre es una conciencia que va afirmándose y negándose constante e incesantemente. Es dialéctico: *No es lo que es y es lo que no es*. Precisamente por ser una conciencia libre tiene la posibilidad de superar su autodeterminación: es un proyecto, una posibilidad. Sin embargo, no podemos evitar reconocer que el “ser-para-sí” también *es*, aunque sea en la manera de *no ser* lo que es y de *ser* lo que no es.

Vemos así que los pueblos, en tanto “ser-para-sí”, están históricamente condenados a ser libres (o a reconquistar su libertad), lo que significa, al mismo tiempo, la aniquilación de un estado de identidad en su propia alienación, es decir, aniquilar y superar su “ser-en-sí”. Aquí radica la validez dialéctica de la historicidad de los pueblos de historia milenaria como el Perú, que hoy, pese a la crisis galopante de sus instituciones y a la corrupción de sus administradores –con miras a la conmemoración del Bicentenario de la Independencia en el año 2021–, se encuentra en la virtualidad de elaborar un proyecto nacional unitario, consensuado (quizá sobre la base de la experiencia ganada en el Acuerdo Nacional y del Plan del Bicentenario en marcha).

Solo cuando el Perú –postulaba Basadre– asuma esta conciencia de nación podremos decir entonces que se ha adueñado de su historia. Porque “La historia propiamente dicha de un pueblo –escribió Guillermo Hegel– comienza cuando este pueblo se eleva a su conciencia” (1971 [1807], p. 30). Solo así el Perú se habrá reencontrado con su razón histórica (Haya de la Torre, 1976, pp. 383-395).

En cuanto a la tercera esfera del ser, el “ser-para-otro”, esta tiene relación con los procesos históricos en tanto que el problema de una identidad nacional tiene que verse también desde la perspectiva de la interrelación (bilateral o multilateral) de los pueblos, pues la conciencia histórica de un pueblo, el descubrimiento



de su “ser-para-sí”, está en relación directa con las identidades de otros pueblos con los cuales coexiste. Ningún pueblo puede vivir autárquicamente y por eso la identidad de una nación siempre estará en peligro de ser “extrañada”, alienada. Pero también a causa de esta interrelación cada nación construye su ser (libre) en tanto es un “ser-para-otro”, en el que sus gentes, con un claro sentido y sentimiento de pertenencia, asumen colectivamente la toma de conciencia del *nosotros*. En nuestro caso, vale decir que el Perú está asumiendo esta conciencia integracionista dentro de su desgarrado *ser*, tanto como hacia el exterior en compañía de los “otros” países de América del Sur. Es por eso que Basadre insistía en el significado americanista de la historia peruana, y la búsqueda común del *nosotros* fue uno de sus sueños. Sus ensayos se ocupan, de un modo u otro, del problema de los procesos colectivos y de la revolución. Su idea de revolución está en íntima relación con su idea de socialismo, y tiene casi siempre un doble aspecto: su rebelión o resistencia contra la dominación extranjera y contra las clases dominantes que han corrompido e hipotecado nuestra identidad.

El *nosotros* solo es posible entre los oprimidos que resisten juntos contra los opresores. Tiene que surgir de las entrañas mismas del “Perú profundo”. Los opresores mismos solo constituyen un “nosotros” de segundo grado porque es minoritario y elitista cuando se juntan para combatir la resistencia de aquellos a quienes oprimen obscenamente, pero no podrán contra el *nosotros* colectivo del pueblo que busca ser feliz mediante su liberación. Este planteamiento llevó a Basadre a emprender sucesivos estudios sobre las actitudes socialistas del hombre peruano.



La visión filosófica del griego Parménides, lejos de aparecer como antagónica a la teoría del devenir de Heráclito, se complementa con esta y nos proporciona, como hemos visto anteriormente, elementos teóricos para la interpretación del problema de la identidad histórica. La teoría de Heráclito también goza de vigencia: no se puede soslayar que la realidad de los seres individuales, al igual que la realidad de las colectividades, está en un constante *devenir*, sobre todo la realidad de la existencia humana (que es un ser/hacer al mismo tiempo). *El ser es y no es al mismo tiempo*, sostenía el viejo Heráclito en uno de los fragmentos de su obra *De la naturaleza*. La vida de la naturaleza es un proceso incesante de movimiento, fue su tesis central. En tal proceso, toda cosa y toda propiedad devienen en su opuesto: lo frío se vuelve caliente; lo caliente, frío, etc. En vista de que todo, al cambiar incesantemente, se renueva, no es posible bañarse dos veces en las mismas aguas de un río: nuevas aguas bañan al que entra en él por segunda vez. En la vida humana, este paso de todo a su contrario no es un simple cambio sino una lucha, una contradicción dialéctica que significa *conservación, superación y transformación*. Tal sentimiento trágico de lucha es universal: “el padre y el rey de todas las cosas”. En la lucha de contrarios se manifiesta, sin embargo, *su* identidad: una misma cosa es el camino hacia arriba y el camino hacia abajo, la vida y la muerte, etc. La universalidad del cambio y del paso de cada propiedad a su contrario hacen que todas las cualidades sean relativas. La categoría filosófica de *devenir*, según Heráclito, expresa la variabilidad sustancial de las cosas y de los fenómenos, de los hechos históricos y de los acontecimientos; su interrumpida transformación en otra cosa (o situación). “Todo fluye”, “todo deviene”. La categoría de devenir está orgánicamente relacionada con la concepción dialéctica del mundo y en su base se encuentra la idea de que cualquier cosa, cualquier fenómeno, constituye una unidad de contrarios, del ser y no ser; por tanto, es incompatible con la concepción metafísica del origen y desarrollo como un simple aumento o una simple disminución cuantitativos (Mondolfo, 1942, pp. 47-51, 78-82).

Influencia alemana

A su turno, en la primera mitad del siglo XIX, el filósofo alemán Guillermo Hegel –cuya filosofía de la historia interesó al joven Basadre– desarrolló idealistamente el contenido dialéctico de la categoría de devenir. En su filosofía, dicha categoría es presentada en calidad de “verdad primera”, que constituye el elemento de todo el ulterior desarrollo de las determinaciones lógicas de la *idea* (de las categorías). El devenir como unidad

«La visión filosófica del griego Parménides, lejos de aparecer como antagónica a la teoría del devenir de Heráclito, se complementa con esta y nos proporciona, como hemos visto anteriormente, elementos teóricos para la interpretación del problema de la identidad histórica.»

del ser y la nada expresa la forma abstracta universal de la aparición, de la generación y de la existencia de todas las cosas y fenómenos: no existe nada “que no constituya una situación intermedia entre el ser y la nada”, dice Hegel (1971, p. 37).

Posteriormente vendría la teoría del materialismo histórico de Karl Marx que dará consistencia científica –por el lado de la ciencia económica– a la teoría del devenir de Heráclito el “oscuro”, sobre todo a nivel del ámbito de las ciencias sociales. Las respuestas de Hegel y de Marx brotan de Heráclito. Fueron “luces sobre Heráclito el oscuro”, para decirlo de alguna forma, tomando prestado el título de un ensayo escrito en 1968 por el filósofo peruano José Russo Delgado (mi profesor en la Universidad Mayor de San Marcos, en Lima-Perú, especializado en los filósofos Presocráticos), apreciado mucho por Jorge Basadre.

La contradicción dialéctica es consustancial a toda identidad nacional. El principio de “negatividad” está presente en la “verdad que es el todo”, según Hegel. Por eso, para Basadre el Perú es un problema y una posibilidad al mismo tiempo; una promesa que viene emergiendo desde una continuidad histórica que se forja en la época prehispánica.

Y sigue siendo, para nosotros (al 2019), un problema y una posibilidad, en la medida que somos una sociedad moderna inconclusa porque no hemos sabido asumir los recados histórico-filosóficos del maestro Jorge Basadre. Él sigue vigente. Los problemas (de corrupción, traiciones políticas, centralismo, violencias urbano-rurales, desigualdad social, analfabetismo, pobreza extrema, manejo empírico del Estado, etc.) que él diagnosticara lúcidamente siguen vigentes (o casi vigentes). El Perú se ha congelado a medias, burocráticamente se ha



estancado (estancos estatales). Se ha chamuscado (por el incendio terrorista de Sendero Luminoso y del MRTA entre 1980-2000). Está podrido a causa de la corrupción sistémica que lo está infestando.

Por su formación en la cultura alemana desde su época de educación secundaria en el Colegio Alemán es que ubico la visión de Basadre dentro de la dimensión de la filosofía de la historia, emparentada con la filosofía existencialista, muy en especial con la del filósofo alemán Martin Heidegger, quien en 1927 había publicado su célebre obra *El ser y el tiempo* (1951, p. 402) en la que desarrolla la teoría del ser en tanto “proyecto-de-ser” o posibilidad histórica, y el problema de la temporalidad e historicidad del ser, conceptos que Basadre tiene presentes cuando publica su obra *Perú: Problema y posibilidad* en 1932.

Para Heidegger, el ser humano, en cuanto ente mundano y como integrante de una colectividad, es un *Da-sein*, es decir, un *ser-abí*, que significa estar y *ser-en-el-mundo* como *ser-con* (en relación con los demás, con los otros) y *ser-sí-mismo* (idéntico a sí mismo, precisamente por ser diferente a los “otros”).

El ser humano tiene, pues, una estructura espacial-temporal histórica a partir de su ubicación en su “ahora” en un “aquí”, la misma que no puede explicarse sin la tradición de un *tiempo-ido* y sin estar abierto a un *tiempo-que-adviene*: que va siendo y haciéndose presente para cobrar significación histórica.

En tal sentido, Basadre ve el ser de la peruanidad dentro de la dimensión temporal del proyecto y de la posibilidad históricos; proyecto que porta en sí un sentido y sentimiento de promesa y de esperanza.

Bicentenario

Nuestro Perú, como país pluricultural que es, está siendo y haciéndose (aunque en la actualidad –a dos años del Bicentenario– pareciera que estuviera deshaciéndose). Es un quehacer. Se está realizando dificultosamente. No es. Se va haciendo en la forja diaria de sus propias contradicciones históricas. Entonces, podemos decir que la identidad conlleva una ambigua y contradictoria realidad y, al mismo tiempo, una ansiada utopía. En todo caso: reto y recado para las actuales generaciones.

Basadre estudió el pasado desde un presente cierto/incierto (*su* actualidad), agotado en sí mismo. Es por eso que imaginó un futuro (posibilidad/promesa). Imaginó un futuro que ahora es *nuestro* presente

(actualidad desgarrada) compartido por todos los peruanos de todas las sangres, de todas las neuronas y de todos los cromosomas. Es por eso que está vigente. Es un *pensador manantial* al que convocamos todavía para que nos ayude a imaginar el futuro. Se trata de recuperar –a partir de su mensaje– la esperanza y la imaginación creativa, e imaginar un futuro que no sea una distopía: ese es el gran reto que enfrentamos actualmente los peruanos.

Quizá el desafío no sea tanto recuperar la esperanza, sino la imaginación para romper estructuras mentales pre-modernas. Evitemos vivir (o sobrevivir) en un presente sin futuro. Es un recado perentorio. Sobre todo para la generación de *jóvenes millennials* y *centennials* (nacidos al borde del año 2000).

Bibliografía

Basadre, J. (1958). *La Promesa de la vida peruana y otros ensayos*. Lima: Editorial Juan Mejía Baca.

_____. (1973). *El Azar en la Historia y sus límites*. Lima: Talleres Gráficos P.L Villanueva S. A

_____. (1975). *La vida y la historia*. Lima: Editorial Ausonia-Talleres Gráficos S.A,

_____. (1979). *Perú: Problema y Posibilidad. Con algunas consideraciones cuarentisiete años después*. Lima: Tercera edición. Industrial Gráfica, S. A. Impresores.

_____. (1983). *Historia de la República del Perú* (11 tomos). Lima: Quinta edición, Editorial Universo S. A.

Haya de la Torre, V. R. (1976). “Espacio Tiempo-Histórico”. En *Obras Completas*, tomo 4. Lima: Editorial Juan Mejía Baca.

Hegel, F. (1971 [1807]). *Filosofía de la Historia*. Barcelona: Segunda Edición. Ediciones Zeus. Gráficas Sirvensae.

Heidegger, M. (1951). *El Ser y el Tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica. Cuarta edición.

Lalande, A. (1966). *Vocabulario técnico y crítico de la filosofía*. Argentina: Librería- Editorial El Ateneo.

Locke, J. (2015). *Ensayo sobre el entendimiento humano*. Libro II. España: Editorial Bonallettera, Alcompas.

Mondolfo, R. (1942). *El pensamiento antiguo*. Historia de la Filosofía Greco-Romana (2 tomos). Buenos Aires-Argentina: Editorial Losada, S.A.

Salazar Bondy, A. (1968). *Historia de las Ideas en el Perú contemporáneo*. Lima: Edit. Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Sartre, Jean Paul (1966). *El Ser y la Nada*. Buenos Aires-Argentina: Editorial Losada

Recibido: 12 de febrero del 2019.

Aceptado: 18 de febrero del 2019.